

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 258

Sevilla—Jueves 12 de Noviembre de 1903

AÑO XXVII

La jornada del domingo

Lástima nos inspiran los ministros que, después del inmenso fracaso y ante la sangre derramada en Santander, todavía se sienten chistosos y se atreven á confeccionar estadísticas para pregonar el triunfo de los monárquicos sobre las candidaturas republicanas; pero no se han fijado en un dato importantísimo, que consiste en que es tanto más ruidoso y elocuente el triunfo republicano, cuanto que los puestos (más de 700) que hemos alcanzado en la jornada del día 8, representan el noventa por ciento de los lugares que disputamos en toda España. Porque hay muchas ciudades en que los republicanos se han retraído, y muchísimas villas y pueblos donde no se han presentado candidatos conocidamente republicanos; y aparte las actas robadas y los atropellos realizados en centros de población de gran importancia, donde, como en Valladolid, tienen los republicanos fuerza sobrada para vencer, y, sin embargo, han sido vencidos por la violencia y por el atropello, además de haber inutilizado felonamente á última hora á dos candidatos obreros de los talleres del ferrocarril, por imposición del ministro á la Compañía, al servicio del ambicioso secretario de la presidencia, que ha querido sacarse la espina del aislamiento y del triste papel que hizo en Valladolid en la expedición regia.

Nunca lamentaremos bastante la abstención de Madrid, donde la victoria hubiera tenido una significación y un relieve extraordinario; pero en parte nos compensa la soledad que hubo en los colegios y el escaso papel que había en las urnas.

Medrados han quedado los que afirmaban ha poco tiempo que la Nación estaba sin pulso, y más medrados los que, anatematizando al Gobierno de Abril por la derrota sufrida, han experimentado el gran desastre del domingo.

Aquellos sin pulso y éstos sin pudor, siguen, sin embargo, todavía imperando y abusando de los toques de corneta y de los fusilamientos á mansalva contra apañadas inermes muchedumbres.

España ha demostrado que está despierta, y que si ya dos veces ha manifestado con harta elocuencia en los comicios que vive, que alienta, que tiene ideales y aspiraciones de regeneración, está dispuesta á liquidar definitivamente con el régimen, que ciego se precipita más cada día por los derroteros de una política desatentada y cruel, en que la fuerza opone un dique á las vigorosas corrientes democráticas, de que se burlan con chacotas y chistes de dudoso gusto los ministros de manga ancha y poca aprensión, que convierten en banco de plazuela de comadres el escaño azul del agosto recinto donde la representación nacional tiene su asiento.

No olvidemos cómo nos tratan nuestros enemigos, y tengamos la entereza suficiente hoy para consolidar con el brazo lo que ya hemos conquistado con el voto, y mañana mantengamos la severa austeridad de no consentir trato ni contacto, pacto ni concierto, con los apesadados.

A. A.

Murmuraciones

Decía el Sr. Salmerón dirigiéndose á Villaverde:
—Ese presidente del Consejo...
¡Es claro!
Hay que decirlo así.
(Como que á ese presidente del Consejo

no le hace falta más que una cuba para ser un aguador!

Pero, señores, al través de la distancia, cómo se agrandan las cosas!

Entre los que más gritaban en favor de ese presidente del Consejo figuraba el señor marqués de Casa Iglesia, su verdadero nombre Rancés.

El tal Rancés es lo que se llama un tipo, que no huele á marqués por ninguna parte.

Hombre dicharachero, vividor, escéptico y fresco como una lechuga.

Lo mejor que tiene en toda su historia es... el ser marqués.

Y estos son los señores villaverdistas, monárquicos por la cuenta que les tiene.

Como el Sr. Rancés se fuera de la lengua, por imitar á su santón protector el Sr. Villaverde, el diputado republicano Sr. Nougués le llamó á capitulo, y el tal Rancés se salió contando un cuento.

Es un político del género chico. No ha pasado nada.

Conociendo, como conocemos ya, la crónica ó reseña de la sesión de Cortes escandalosa, venimos en conocimiento de que no hay paridad entre lo acaecido entre el señor Conde de las Almenas y el Sr. Silvela, con lo sucedido entre el señor Salmerón y ese Villaverde.

El señor Conde insultó á Silvela, y éste, en uso de su idiosincrasia y su pasividad filosófico-conservadora, no se dio por ofendido.

Pero en este hecho de ahora, ese Villaverde es el que ha tratado de insultar al Sr. Salmerón para hacer su papel de ministro baratero.

Y Villaverde saca como consecuencia lo de Silvela.

Para eso era preciso que uno fuera como otro.

Y por poco honor que nosotros quisiéramos hacerle al Sr. Silvela, todavía estaría muchos codos por encima de ese Villaverde.

Y apropósito de este señor, vamos á colocar aquí nada más que dos párrafos de un artículo que hoy publica *El País* tratando esa sesión escandalosa y memorable acaecida en el Congreso español.

Dice así:

“Desde la restauración, que desmoralizó política y costumbres, afeminó los caracteres y mató aquella bravía independencia, peculiar, un tiempo, de los españoles, sólo en dos momentos se dignificaron las Cámaras. Fué una vez cuando el viejo Pi y Margall acusó al rey difunto de haber jugado á la Bolsa; la otra fué ayer, merced á la arrogancia con que el gran Salmerón declaró guerra á muerte al gobierno, y rechazó las indignas frases de un baratero elevado á personaje por haber enseñado á tiempo su credencial en las alamedas y encinares de los contornos á las viejas sensibles.

Nos place la actitud de Salmerón, aun siendo, como somos, enemigos del duelo, y aun comprendiendo que se rebajó ayer, retando á quien, antes de aceptar un lance de honor, debe vindicarse de las acusaciones públicas y abrumadoras que le ha dirigido el Sr. Sánchez de Toca.”

Quien le ha dicho—y escrito está—que se hizo la crisis para formalizar una jugada de Bolsa.

El Sr. Romero Robledo.—Eso no puede decirse. (Protestas.)

El Sr. Alvarez.—Cosas más fuertes he oído á su señoría, cuando sólo le separaba una línea del partido republicano. (Risas; bien, bien, campanillas.)

¿A dónde volverá la vista esa veleta de Romero Robledo que no reciba una racha de acusaciones y reproches?

Cuentan todos los periódicos de Madrid que en la última sesión del Congreso, cada vez que pedía la palabra el ministro de la Gobernación, se oían rumores, risas, toses, protestas y voces de—¡Fuera! ¡Fuera!

Y yo me hago la siguiente consideración: Si la crisis está reconocidamente calificada de oriental, y por el lado de oriente le vino la cartera al Sr. García Alix, esas toses, esas protestas, esas chacotas, esas voces de—¡Fuera! ¡Fuera!—iban dirigidas hacia la parte de oriente.

Con razón diría García Alix: —Yo no me voy. Yo no soy más que el resultado de una suma de desperdicios

na y media que estamos unidos y que no sabemos sobre qué colchón monárquico caer.

El colega, por consiguiente, al decir lo anterior, no hace otra cosa que ponerse el parche antes que le salga el grano republicano.

Porque mañana ellos agarran, ó suben, al Poder, y se ven precisados á atropellar y desvirtuar unas elecciones: cómo lo van á hacer después de haber reconocido que la mayoría de los electores es republicana?

Hagamos constar que son tres mil, y hasta treinta mil electores que tienen el censo, lugar tenemos de despacharnos á nuestro gusto.

Afortunadamente, cuando llegue ese caso, ya tendremos un censo nuevo, y en él incluiremos los millares de republicanos—¡que son más de ocho mil—que en él no constan. Se borrarán los millares de difuntos que vienen desenterrando los conservadores para salir derrotados, y se consignarán los veinticuatro millones de electores que tienen los amigos de *El Progreso* para derrotarnos el día que les diga Moret ó Montero:—¡A ganar!

Pero, desde aquí á entonces, amigo *El Progreso*, hay que confesar que nosotros tenemos tres mil votos *verdad*.

Y que vosotros los monárquicos, todos juntos, incluyendo á Molero—quien ha estado derrotado en su distrito—no sumáis más allá de la cuenta que suman los servidores de los puestos públicos, quienes no pueden tener otra opinión que aquella que les asegura el destino.

En Francia ya han comenzado á echar monjas de hospitales... Como nosotros copiamos las modas que de allí salen, es posible que el Gobierno español, que ya lo sabe, trate de imitar á Francia, ¡pero al revés!... Es cobarde.

El Pueblo, diario republicano de Zaragoza, entre las notas que recoge del día de la elección, cuenta la siguiente:

“La dió un sacerdote con estas palabras:—Yo creo que nuestra misión nos aleja mucho de estas luchas; pero puesto que el arzobispo ordena, manda y hace saber que votemos, yo vengo á votar... la candidatura republicana.”

¡Un cura decente! Sería un pobrecillo, un paria, un jornalero católico de esos que le sirven de almohada á los bribones que se llaman á sí mismos padres de la Iglesia.

Vaya un trocito del último discurso pronunciado en el Congreso por Melquides Alvarez:

“El Sr. Alvarez.—La crisis fué bien calificada al llamarla oriental, porque con ella se han señalado las conveniencias de dolorosas separaciones, sacrificando caros afectos.

Aquella crisis fué oriental. Si no lo hubiese sido, la Cámara, constituida en su mayoría por monárquicos, ya os hubiera sacado de ese banco.

Si obráis como obráis, bien puede creerse, como se cree, que no obráis para el país, sino para otra parte; que no sois un Gobierno nacional, sino un Gobierno de cortesanos.

El Sr. Romero Robledo.—Eso no puede decirse. (Protestas.)

El Sr. Alvarez.—Cosas más fuertes he oído á su señoría, cuando sólo le separaba una línea del partido republicano. (Risas; bien, bien, campanillas.)

¿A dónde volverá la vista esa veleta de Romero Robledo que no reciba una racha de acusaciones y reproches?

Cuentan todos los periódicos de Madrid que en la última sesión del Congreso, cada vez que pedía la palabra el ministro de la Gobernación, se oían rumores, risas, toses, protestas y voces de—¡Fuera! ¡Fuera!

Y yo me hago la siguiente consideración: Si la crisis está reconocidamente calificada de oriental, y por el lado de oriente le vino la cartera al Sr. García Alix, esas toses, esas protestas, esas chacotas, esas voces de—¡Fuera! ¡Fuera!—iban dirigidas hacia la parte de oriente.

Con razón diría García Alix: —Yo no me voy. Yo no soy más que el resultado de una suma de desperdicios

monárquicos. El que me ha puesto que me quite.

Tiene razón. Los señores diputados, obrando con cordura, lo único que deben de hacer es echarle un cubo de agua de cuando en cuando.

Por higiene del Congreso.

Una heroína. Pero no una heroína cualquiera, ¡sino una verdadera heroína! Fíjense ustedes:

“La Sra. Juana Robín, una generosa y entusiasta mujer llena de deseos filantrópicos, va á abrir de nuevo su Casa de Letras. ¿No sabéis que institución es ésta?”

¡Oh! Para nosotros los escritores es una institución adorable. Su fin es pura y simplemente facilitar dinero á préstamo á los escritores necesitados *sobre su palabra*.”

Si la Sra. D.^a Juana Robín quiere realizar pronto su fortuna, que se venga á España.

Desde luego en mi tiene á uno de sus mejores clientes.

CARRASQUILLA.

EL “SIMULACRO” DE LA CONSUMERA

Como vaticinamos en un artículo escrito á raíz de haber acordado el Municipio suprimir los arbitrios sobre las especies comprendidas en la llamada Tarifa tercera de consumos, la Empresa arrendataria de éstos realizó el simulacro de suspender el pago de sus obligaciones para con el Ayuntamiento; pero la cosa—como también afirmamos—no pasó de simulacro.

Ayer se efectuó el ingreso en las cajas del Municipio, volviendo, con tal motivo, la tranquilidad á los azorados espíritus.

¡Qué ha de suspender pagos la consumera Empresa! Es el negocio que explota (aun suprimida la Tarifa tercera) demasiado pingüe para que lo abandone. Y además, si lo abandona, nadie más que los choqueros serán los perjudicados. El Ayuntamiento tiene medios de resarcir los perjuicios de esa quiebra, incautándose, como manifestamos en nuestro primer artículo, de las fianzas que la sociedad explotadora de los consumos tiene depositadas en el Tesoro, á responder del cumplimiento de sus obligaciones en los negocios de Madrid y Sevilla.

Para comprender que á la Empresa alosnera no le conviene de ningún modo ir á la quiebra, hay que consignar nuevamente lo que ya hemos manifestado: que el negocio de Madrid responde del de Sevilla, y el de esta ciudad de aquél.

Y no deben ser tan miserables las ganancias que obtenga la Empresa, cuando ya se ha presentado un escrito al Ayuntamiento pidiendo encargarse de la recaudación de consumos (en caso de quebrar los actuales arrendatarios) mejorando los rendimientos que para el Tesoro y el Municipio hoy tienen las tarifas primera y segunda.

Los municipales conservadores, para cubrir la responsabilidad moral en que incurrieran sosteniendo absurdamente la suprimida tarifa, afirmaban que, de no sostenerla, vendría la bancarrota, puesto que la Empresa arrendataria se vería obligada á abandonar un negocio que, sin esos arbitrios extraordinarios, no podría llevar adelante. Ya ven nuestros lectores cómo aquellos ediles de odiosa administración obraban con maldad manifiesta: servían los intereses de unos cuantos particulares con daño de los del pueblo.

Afortunadamente, el hecho no volverá á repetirse: el esfuerzo hecho en las últimas elecciones por el partido republicano, llevando al Municipio una minoría respetable de hombres honrados, es golpe mortal asestado al caciquismo que durante tantos años vivió campando por sus respetos en la Casa del pueblo.

El simulacro de la consumera—que ya teníamos descontado—ha sido en extremo cómico: nos ha hecho reír un rato.

El cura Lázaro entre dos justicias

El día 13 del actual es el día señalado para la vista de la causa que se me sigue por denuncia fiscal de un artículo publicado en EL BALUARTE, titulado *El despeño del Papa*.

Además, el Arzobispo, erigiéndose juez en causa propia, me tiene empapelado en el Provisorato por ese y otros artículos que cree injuriosos para él.

Nunca he andado en justicia hasta ahora, y, cosa rara, no estoy asustado; y no es que mire á los hombres y las cosas como deben ser y no como son, ó que me haga la ilusión de que la Justicia eclesiástica es una paloma, como nos la pinta la iconografía, ó una gentil fieldad como las que vemos sobre las mesas de los abogados; es que me echo la cuenta de que la justicia eclesiástica no puede hoy, afortunadamente, quemar á los hombres, y que la Justicia civil razona y que, caso de condenarme, lo peor que me puede suceder es ir á la cárcel, donde tal vez se mejoraría la situación que me ha deparado el Arzobispo, porque, bien ó mal, no me quedaría ningún día sin comer; y en punto á consideraciones difícilmente se hará pasar allí á un sacerdote por los ultrajes y desprecios que me ha inferido el Arzobispo y su provisor.

Tres cosas dicen que son necesarias para ganar un pleito: tener razón, saberla exponer y que se la quieran dar.

Por de pronto, aunque á algunos les parezca otra cosa, una causa ordinaria por injurias entre un sacerdote y un Arzobispo es un alto ejemplo de mansedumbre evangélica que honra al episcopado, sobre todo al que anda en la danza.

—¡Mira, mira—dirá todo el mundo—el caso que hacen los obispos del perdón de las injurias!

Y de mí, ¿qué han de decir?

Estoy seguro que, el que más y el que menos, exclamará:

—¡Qué no le habrá hecho el Arzobispo á ese infeliz sacerdote para que se haya atrevido con él! Debe tenerlo desesperado.

¡Ya lo creol! Ya lo hará ver mi elocuente defensor en tono muy vivo, cual conviene á una defensa de la índole de la que le está encomendada, en estos tiempos de reacción en los que un arzobispo, por menudo que sea, pesa mucho y es menester aligerarlo quitándole importancia.

¿Y á quién no escandaliza eso?

Los santos, para santificarse y santificar á otros, hacían públicas sus faltas y se cubrían de todo género de improperios.

¿Por qué no los imita el padre Spínola, siendo él tan santo? ¿Es que hace ostentación de virtudes y merecimientos que no posee?

Eso sería más edificante que revolverse con mansa ira, y á solas furioso, contra el acusador, para tomar venganza escondiendo la cara, como ha hecho en esta denuncia, aunque inútilmente, porque ciertas intrigas son ya muy viejas y no engañan á nadie.

Los hombres verdaderamente evangélicos aman la virtud por sí misma, no quieren fama, honores ni dinero, que es lo que compromete la injuria, si es que no lo arrastra tras de sí, purgando de su escoria á la virtud; por eso los realmente virtuosos se gozan en el improperio y hasta lo buscan; el hipócrita, al contrario, tiembla y lo aborrece.

¡Oh! Ya lo dijo Cristo: "Todo el que obra mal aborrece la luz."

¡Y qué coincidencia! Al mismo tiempo que llega á nosotros la voz del piadoso Pío X exhortando al clero al sufrimiento y las humillaciones para regenerar y salvar al mundo, á imitación de Jesucristo, que no quiso ser exaltado sino en una cruz infamante—dice este providencial Pontífice—al mismo tiempo en Sevilla es llevado un sacerdote á la Audiencia por supuestas injurias al Arzobispo y á León XIII. (A éste quién sabe si para que tire de Spínola, porque solo he hablado del mal papel que le hacen hacer los neos).

No puede darse prueba más palpable

de aberración religiosa y de apartamiento de las enseñanzas de Jesucristo y de su vicario.

El triunfo moral es mío.

Señor Spínola: dice un proverbio árabe que el que abre una zanja para su enemigo, cae en ella.

Otrosí: su ilustrísima es el culpable de todo y ha querido lavarse las manos como Pilatos, agarrándose á una denuncia fiscal. Nada más por hoy.

FRANCISCO MARTÍN LÁZARO,
Misionero Apostólico.

Sofisticaciones

Aunque parezca otra cosa, no son el chanchullo y el fraude productos exclusivos de la industria nacional. También en otros países se adultera los artículos de primera necesidad y se pone en juego, para sofisticar la voluntad del cuerpo electoral, todas las malas artes de la astucia. La raza sajona, madre venerable del régimen parlamentario, se distingue precisamente en este punto. En Inglaterra, en los Estados Unidos, toda elección es un verdadero combate de ardid y violencias. No hay arma que no esgrima cada partido para obtener el triunfo. Se emplea el secuestro, el soborno, el tumulto, el engaño, la difamación. Es frecuente que, agotados todos los recursos, vengán á las manos, en el colmo del furor, los adictos de uno y otro bando.

¿Dejan por eso de ser allí libres las elecciones?

¿Dejan de hallarse aquellos pueblos en el uso de la soberanía? ¿No son con frecuencia en ellos vencidos los gobiernos? ¿No es á la postre la voluntad del mayor número la que triunfa en tales contiendas? ¿Qué sucede entre nosotros para que la voluntad nacional sea eterna esclava del poder? ¿Qué causa basta á producir el singular fenómeno de que el partido conservador, execrado por la masa general del país, pueda anunciar de antemano, con infalible certeza, su triunfo en unas elecciones realizadas por sufragio universal?

La diferencia está en lo siguiente: en los pueblos libres el poder público se declara neutral en la contienda; en España toma partido. Allí es el Estado juez del campo, aquí instrumento del que impera. En esos países la violación se produce de parte á parte; en el nuestro procede del todo. Basta esa nota distintiva en la causa para explicar plenamente la diferencia del efecto.

Cuando el tendero de la esquina adultera la mercancía, ¿qué hace el parroquiano? Pues va y compra en la tienda de enfrente. El ofendido procura la reparación de su agravio; el agredido se defiende de la agresión. El estímulo del propio interés mantiene viva la vigilancia contra los ardid del fraude. Los partidos, como los hombres, luchan con armas iguales. Lo que es lícito á cada uno lo es también á todos los demás. Esa lucha puede, sin duda, engendrar parciales injusticias, pero al cabo el triunfo definitivo es siempre del número, es decir, de la opinión.

Suponed que sea el Estado quien engañe ó violenta. Toda garantía de derecho habrá desaparecido. La sociedad será un caos. La propia anarquía fuera mil veces preferible á semejante situación. Cuando sean los empleados de Correos los que sustraigan la correspondencia confiada á su cuidado, ¿qué hará el remitente? ¿Enviará cada carta con un propio? Si los dependientes de las empresas ferroviarias saquean las mercancías cuyo transporte se les encomienda, ¿irá el comerciante á llevarlas al hombro? Si los tribunales rehusan hacer la debida justicia, ¿podrá tomársela por su mano el agraviado? Si las agresiones parten de la fuerza pública, ¿basta la de los particulares á rechazarla? Si los poderes oficiales quebrañan descaradamente las leyes, ¿podrán los ciudadanos imponerles su respeto y observancia? La lucha en tales condiciones es imposible. En una sociedad así conformada, el Estado es aquella institución mediante la cual cabe emplear la fuerza de todos para quebrantar á mansalva los derechos de cada uno.

Como Encelado bajo el Etna, así yace aplastado el ciudadano bajo la inmensa pesadumbre de esa mole. Irguérase ante la injusticia, la violencia ó la opresión privadas; ante las públicas no tiene siquiera energías para la protesta. Es la sociedad entera lo que le cae encima, abrumándole. Es la fuerza del todo la que le hace fuerza. La violencia que lastima su derecho está apoyada por todos los institutos armados, infantería, caballería, artillería, guardia civil, guardia de orden público, y si menester fuere carabineros, alguaciles del juzgado y aun vigilantes de consumos. ¿Es posible la resistencia? ¿No sería el intentarla síntoma manifiesto de locura?

Así el ciudadano no la intenta. Se resigna con su suerte como el desventurado que yace,

vencido por el destino, víctima de un infortunio irreparable. Poco á poco el sentido de la justicia va borrándose de su conciencia. El hábito de la libertad se pierde en los abismos del desuso. La palabra derecho llega á sonar en los oídos como un nombre extraño, exótico, de significación desconocida, cuando no como amargo sarcasmo. Y el día en que, por un azar de la política, place á la ley llamar al pueblo á ejercer su soberanía, en vez de un cuerpo electoral sano, vigoroso, robusto, dispuesto á la lucha, celoso de sus prerrogativas, capaz de defender sus fueros contra quien quiera que pretenda menos cabarlo; el país no puede disponer sino de una voluntad débil, vacilante, anémica, habituada á todas las servidumbres y desacostumbrada de todas las libertades, eterna esclava del poder, colocada por la desesperación en los umbrales de la muerte. El llamamiento de la ley es impotente para resucitar á ese Lázaro.

Grande, inmensa, abrumadora es la responsabilidad de quienes han venido consumando á sangre fría, con alevosía, premeditación y ensañamiento, ese asesinato nacional. Cualquiera se los figuraría hoy, en presencia del cadáver de su víctima, penetrados de horror y abrumados por el remordimiento. Mal los conoce quien así los imagine. Lejos de eso, se lanzan sobre el muerto para despojarlo. Hacen al difunto declarar su voluntad, tirando ellos para sí de la cuerda como el escribano del cuento. Preparan un semblante de compunción para aprovechar el momento en que los verdaderos amigos del finado manifiesten su asombro ante el absurdo de la disposición testamentaria, y poder entonces decirles:—«¿Lo ven ustedes? ¡Nada, si en España es imposible la libertad!»

ALFREDO CALDERÓN.

¿TOS? Jarabe UTOR

Nuevo libro

La Psicología de las Religiones se titula un precioso librito dado á luz en Barcelona por la casa editorial de Carbonell y Esteva. El autor de dicho estudio es el joven propagandista sevillano Joaquín Julio Fernández.

Aunque dicho libro va acompañado de algunos artículos y poesías, sociales los primeros y semisociales las segundas, lo que le da carácter á dicho volumen es la primera parte.

Dicho estudio está hecho con verdadero conocimiento: su autor revela grandes estudios sobre la materia, y aunque la irreverencia y la genialidad y el desenfado son las faces primordiales del estudio en cuestión, hay en él observaciones atinadísimas, que se conoce son hijas de una firmísima convicción y de un estudio profundo.

Ya es bastante raro encontrar á un joven, casi un niño, que enjuicie de manera tan brillante sobre materia tan compleja, tan difícilísima, como es el estudio y la filosofía de todas las religiones, y que al fin concluya por desentenderse de esa red enmarañada con que se atrofian todas las inteligencias y se abisman todos los espíritus.

En este concepto no titubeamos en darle la enhorabuena al autor, señor Julio Fernández.

Su trabajo no es de un joven, sino de un viejo.

Y aun cuando los grandes pensadores nos lo hayan dado todo hecho, no es óbice asegurar que quien los sigue los comprende, y quien los comprende es porque lleva algo debajo del cerebro.

Dicho librito se vende en todas las librerías á una peseta el ejemplar.

Últimos telegramas

CONGRESO

Besada leyó unos proyectos de créditos de Marina é instrucción.

Desechóse por 75 votos contra 40 la proposición de Nocedal.

Gil Morte explana interpelación sobre las elecciones.

Le contesta Alix.

Melquiades apoya una proposición incidental acerca de la pasada crisis.

Hace un notable discurso político de ruda oposición.

Alude á Maura para que hable con claridad

Acusa al Gobierno de emplear procedimientos arteros.

Elogia la libertad heroica de Aragón.

Dice que la política de Maura la recibió completamente el gobierno actual.

Maura pide la palabra.

Ocupase Melquiades de la crisis calificándola de oriental.

El discurso de Melquiades origina varios incidentes, cruzándose protestas.

Al terminarlo prorumpieron en aplausos entusiastas los republicanos.

Maura ofrece su apoyo al Gobierno, que además de la mayoría cuenta con otros elementos.

Respecto de la conjunción dice que suscribe las declaraciones de Silveira.

En un párrafo elocuente une en parangón la sinceridad de Gamazo y la de Silveira, dirigiendo á ambos grandes elogios.

Recuerda el estado de la mayoría pesando en algunos puntos de distinto modo que el Gobierno.

Abogó por la conservación de fuerzas de los partidos existentes.

Aplausos repetidos y estrepitosos.

Villaverde contesta explicando nuevamente la crisis y diciendo que se sacrificó aceptando el poder.

Levántase Alix.

Muchos abandonan los escaños.

Resérvase el contestar para otro día.

Al terminar su discurso Maura, la mayoría desfiló ante él.

En los pasillos todos los políticos decían:

—Ese es el jefe.

Impresionaba ver á la mayoría en los pasillos ovacionado á Maura y al Gobierno en el banco azul, abandonado y convertido en cadáver.

Alix decía que el discurso de Maura ha fortalecido al Gobierno.

Los que le escuchaban opinaban lo contrario.

El discurso de D. Melquiades Alvarez ha sido un maravilloso triunfo, ensalzado por todos. Es uno de los mayores que registra la historia parlamentaria.

Todos le felicitaban y abrazaban en los pasillos.

El presidente del Consejo estuvo, en cambio, desdichadísimo. Tartamudeando y sin saber qué decir, habló diez minutos sin contestar ninguno de los puntos que el discurso comprendía.

El elocuente orador republicano desvió á la mayoría por completo de la actitud que venía observando.

Aquel espectáculo del ministro de Gobernación pretendiendo hablar y no dejando la mayoría, fué el sainete después de la tragedia.

Al final de la sesión del Congreso Salmerón continuó combatiendo el presupuesto de Guerra.

Pidió el aumento de sueldo para la oficialidad.

Cuando se levantó á hablar Villaverde, en medio de los aplausos á Maura, sin duda aturrido, dejó incontestados los aplausos de Alvarez á la Reina.

La Cámara apenas prestó atención á sus palabras.

Fué preciso que el Presidente impusiera silencio á fuerza de campanillazos.

Maura terminó su discurso diciendo que si no existía la conjunción que se había llevado al Gobierno en unión de Silveira, jamás haría nada que contribuyera á la desunión de las fuerzas gubernamentales existentes.

Un ministro decía á sus amigos que la semana próxima no sería ministro.

Los ministros, después de la sesión celebraron consejo.

Hay la impresión de que la cuestión de confianza sufrirá aplazamiento, influyendo en esto la conferencia de Romero con Villaverde.

En un choque de tranvías congreños han resultado seis heridos, entre ellos una niña, que está grave: varios contusos.

La comisión respectiva del Congreso dió dictamen favorable para procesar á Blasco Ibañez por su artículo *Al pasar*.

Varios periódicos opinan que la consecuencia política del acto realizado por la mayoría será que Villaverde resigne los poderes, aconsejando la formación de un gobierno presidido por Maura, consagrado hoy jefe de la mayoría.

JARABE CLOROBROMOFÓRMICO
compuesto según la fórmula del
DOCTOR UTOR